



LLAMADA
DE MEDIANOCHÉ

INSTITUTO BÍBLICO ONLINE

El libro de Daniel

VOCERO DEL DIOS DE LA HISTORIA

EXPONE

Pablo López



Llamada de Medianoche Uruguay



+598 99 000 540



LlamadaWeb.org



CLASE 18

Temario de todo el curso

Introducción al estudio del libro.

- Contexto histórico, autor, fecha y temas principales.
- La autenticidad de Daniel.

Parte I.

Las vivencias de Daniel. Capítulos 1 a 6

- Capítulo 1. Mantener convicciones en un sistema absorbente.
- Capítulo 2. Marcar diferencias en un sistema incoherente.
- Capítulo 3. Mostrar denuedo en un sistema intolerante.
- Capítulo 4. Ministrar fielmente en un sistema impenitente.
- Capítulo 5. Mirar distante en un sistema irreverente.
- Capítulo 6. Militar irrepreensible en un sistema intrigante.

Parte II.

Las visiones de Daniel. Capítulo 7 a 12.

- Capítulo 7. La visión de las cuatro bestias.
- Capítulo 8. La visión del carnero y el macho cabrío.
- Capítulo 9. La visión de las setenta semanas.
- Capítulo 10. La visión del varón vestido de lino.
- Capítulo 11. La visión de los reyes futuros.
- Capítulo 12. La visión del tiempo del fin.

Conclusión.

- El impacto de una trayectoria intachable.



CAPÍTULO 11.

LA VISIÓN DE LOS REYES FUTUROS

Como vimos, los capítulos finales de Daniel son una sola unidad temática. El 10 es el prólogo y el 12 el epílogo. En el 11 encontramos una de las profecías con mayor grado de detalle y precisión de Las Escrituras. Tanto, que la gran mayoría de eruditos modernistas (que no aceptan la inspiración divina, ni nada sobrenatural) concluyen que, puesto que es tan claro y exacto, debió haberse escrito después de los hechos, pero en “clave profética”. En otras palabras: “Como no quiero asumir la existencia y soberanía de Dios, parto de la conclusión e ignoro la evidencia, para que todo cierre con mi creencia”. Lamentablemente para ellos y los demás escépticos, ni siquiera esa fecha tardía puede explicar otros sucesos profetizados que se cumplieron con igual exactitud. En la introducción del curso se trató este tema y los argumentos a favor de la historicidad de Daniel.

A diferencia otras profecías, que vinieron en forma de imágenes y sueños, esta se explicó oralmente. Daniel 11 describe con detalles impresionantes el fin del dominio Medo Presa, el ascenso de Grecia y las luchas posteriores entre dos de las facciones que surgen del desmembramiento del imperio de Alejandro Magno: los Selúcidas del norte (Siria) y los Tolomeos del sur (Egipto). Parte de estos sucesos se cumplieron con asombrosa exactitud en tiempos de Antíoco Epífanes, mientras que otros están vinculados con “el tiempo del fin” y los acaecimientos previos a la segunda venida de Cristo.

El bosquejo del capítulo será el siguiente:

- El rey valiente y sus sucesores. 11:2-20
- El hombre despreciable y sus atrocidades. 11:21-35
- El rey soberbio y su final. 11:36-45

11.1 El rey valiente y sus sucesores. 11:2-20

El personaje celestial enviado para revelar a Daniel lo que sucederá con su nación, proclama que sus palabras son “la verdad”. Comienza describiendo los eventos que crean el escenario donde se gestará el conflicto de fondo de esta profecía, que es el enfrentamiento entre los reyes del norte y del sur. Dice que “aún habrá tres reyes en Persia, y el cuarto se hará de grandes riquezas más que todos ellos; y al hacerse fuerte con sus riquezas, levantará a todos contra el reino de Grecia” (11:1).

De acuerdo con el capítulo 10, estas palabras se recibieron “en el año tercero de Ciro rey de Persia”. En ese tiempo Ciro gobernaba el imperio y Darío el medo en Babilonia, bajo la autoridad del primero.



Los tres primeros reyes que se mencionan, son Cambiases II (530 a 522 a.C.) llamado Artajerjes en Esdras 4:7), Gautama (522 a.C.) y Darío el Grande (522 a 486 a.C.), quienes reinaron tras la muerte de Ciro. El cuarto, que sería más rico y poderoso que todos los anteriores, es sin dudas, Jerjes (486 a 465 a.C.), llamado Asuero en Ester 1:1 y Esdras 4:6. Fue él quien levantó a todos contra Grecia.

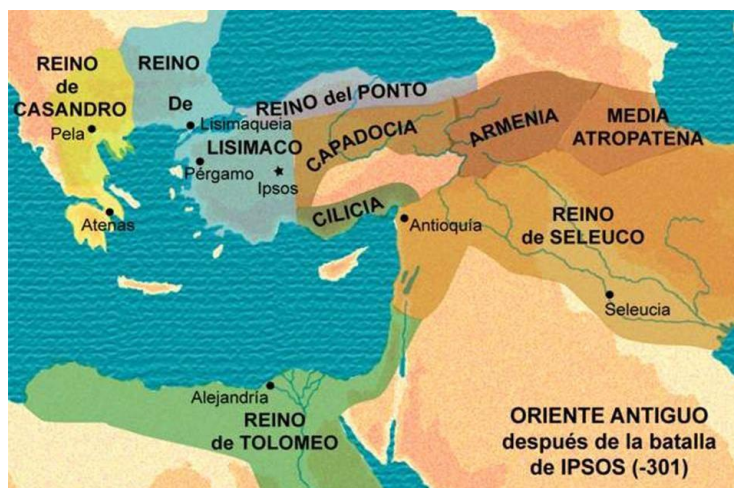
Jerjes, tras ser coronado en octubre de 486 a.C., se enfrentó victoriosamente a una rebelión en Egipto. Una vez sofocada, trató de vengar la derrota de su padre Darío I en la batalla de Maratón, durante la Primera Guerra Médica, que enfrentó a los persas con las “polis” griegas. Para la ocasión, los persas lograron reunir una gran flota y un ejército de 1.600.000 hombres, según el historiador griego Heródoto. En el 480 a.C., al mando de esta colosal fuerza, Jerjes emprendió la Segunda Guerra Médica contra la alianza griega de Atenas y Esparta.

Fue en el curso de ésta que se enfrentó a Leónidas y sus 300 en la memorable batalla de las Termópilas. Luego de vencerlos, los persas devastaron Beocia y el Ática, llegando hasta Atenas, saquearon la ciudad e incendiaron y arrasaron los templos de la Acrópolis. Las fuerzas espartanas y atenienses se reagruparon y establecieron su última línea de defensa en el istmo de Corinto y el golfo Sarónico. Desde allí resistieron el avance persa y obligaron a Jerjes a retroceder. Esto dio a los griegos la posibilidad de reorganizarse para la batalla decisiva de Platea en 479 a.C., que terminó definitivamente el intento de Jerjes de invadir Grecia.

El versículo 3 describe el cambio del poder mundial a Grecia, el tercer imperio que aparece en el capítulo 2 (pecho de plata) y en el 7 (leopardo cuatricéfalo alado), y a su líder más importante: “se levantará luego un rey valiente, el cual dominará con gran poder y hará su voluntad” (11:3). Este rey valiente es Alejandro Magno, el “cuerno notable” del macho cabrío de Daniel 8, quien iba a comenzar un nuevo imperio que tomaría el lugar del persa.

Ya hemos hablado de las virtudes militares de Alejandro y la impresionante velocidad de sus conquistas. Sin embargo, el verso 4 predice que “cuando se haya levantado, su reino será quebrantado y repartido hacia los cuatro vientos del cielo; no a sus descendientes, ni según el dominio con que él dominó; porque su reino será arrancado, y será para otros fuera de ellos”. Fue exactamente lo que ocurrió. Alejandro murió intempestivamente a la edad de 32 años, sin tener un sucesor claro. Los territorios de su imperio fueron repartidos entre cuatro de sus generales, ninguno era su “descendiente”. Ninguno logró reinar sobre todo, “según el dominio con que él dominó”, sino cada uno su propia fracción:

Casandro gobernó Grecia y Macedonia, Lisímaco gobernó Tracia y Asia Menor. Tolomeo reinó sobre Egipto y Palestina y Seleuco sobre Siria, Babilonia y el este de India. El resto de esta sección se centra en las luchas entre el reino de Tolomeo en Egipto, y el de Seleuco en Siria y sus dinastías. Se los denomina “rey del sur” y “rey del norte”, siempre en referencia geográfica a Israel y Jerusalén. Competen sus luchas, porque estas involucraban a la Tierra Prometida, la cual estaba a medio camino entre sus respectivos centros de poder.



El versículo 5 comienza a describir ésta lucha anticipando que uno de ellos se haría más grande y poderoso: “Y se hará fuerte el rey del sur” La historia registra que, efectivamente, Ptolomeo I Soter extendió su control hacia territorios más allá de su territorio asignado, que eran las fronteras de Egipto, en particular, sobre la Tierra Santa. Pero el texto añade que “uno de sus príncipes será más fuerte que él, y se hará poderoso; su dominio será grande” Este parece ser Seleuco Nicátor quien tomó el control de la región de Siria y se hizo más poderoso que el gobernante de Egipto. Los Seleucidos y los Ptolomeos pelearon por 130 años, disputándose entre otras cosas el dominio sobre el territorio de Israel.

Es interesante la exactitud de la profecía, porque no solo habla de una alianza, sino que describe la forma específica en que habría de concretarse: Un matrimonio entre miembros de ambas dinastías: “Al cabo de años harán alianza, y la hija del rey del sur vendrá al rey del norte para hacer la paz. Pero ella no podrá retener la fuerza de su brazo, ni permanecerá él, ni su brazo; porque será entregada ella y los que la habían traído, asimismo su hijo, y los que estaban de parte de ella en aquel tiempo” (11:6).

Así fue. En Egipto Tolomeo Soter había sido sucedido en el trono por su hijo Ptolomeo Filadelfo, este tuvo un trato más favorable hacia los judíos, siendo promotor de la traducción del Antiguo Testamento al griego conocida como Septuaginta. La hija de Filadelfo (rey del sur), llamada Berenice contrajo matrimonio con Antíoco II Teo, que reinaba en ese tiempo en Siria (rey del norte).

Lo malo es que Antíoco II ya estaba casado con una influyente y encantadora dama llamada Laodicea, de la cual tuvo que divorciarse. Este matrimonio trajo paz por un tiempo, pero Ptolomeo II murió y la paz se acabó. Antíoco volvió a casarse con la buena de Laodicea, y ella, que no había quedado nada contenta, ordenó la muerte de Berenice y de su hijo, que era descendiente de Antíoco. Poco después el propio rey fue envenenado. La viuda tomó el poder mientras su hijo Seleuco II Calínico alcanzaba la mayoría de edad. Se cumplió al pie de la letra la profecía acerca de Berenice, y como sería “entregada”, junto con los que la trajeron de Antioquía.



Ahora el que quería venganza era el hermano de Berenice, Plotomeo I Evergetes, que ascendió al trono de Egipto en 246 a.C.: “Pero un renuevo de sus raíces se levantará sobre su trono, y vendrá con ejército contra el rey del norte, y entrará en la fortaleza, y hará en ellos a su arbitrio, y predominará” (11:7).

Ese renuevo era Evergetes, quien organizó una gran fuerza contra Siria, donde reinaba el hijo de doña Laodicea, Seleuco Calínico. La guerra duró del 246 al 241 y fue muy exitosa para el sur. Regresaron a Egipto con un enorme y valioso botín, dentro del cual estaban varios ídolos egipcios que habían sido llevados de Egipto por Cambises en el 524 a.C., como dice el versículo 8: “Y aun a los dioses de ellos, sus imágenes fundidas y sus objetos preciosos de plata y de oro, llevará cautivos a Egipto” Luego de esta larga guerra, los reinos del norte y el sur firmaron un acuerdo de paz “y por años se mantendrá él contra el rey del norte”.

Luego, en represalia “entrará en el reino el rey del sur, y volverá a su tierra”. La NVI traduce “luego el rey del norte invadirá los dominios del rey del sur, pero se verá forzado a volver a su país”. Se refiere al intento del Seleuco de invadir Egipto. No logró su objetivo y tuvo que regresar derrotado a su país, pero poco después sus hijos volvieron a intentarlo. Esto es lo que describen los versículos siguientes:

Mas los hijos de aquél se airarán, y reunirán multitud de grandes ejércitos; y vendrá apresuradamente e inundará, y pasará adelante; luego volverá y llevará la guerra hasta su fortaleza. Por lo cual se enfurecerá el rey del sur, y saldrá y peleará contra el rey del norte; y pondrá en campaña multitud grande, y toda aquella multitud será entregada en su mano. Y al llevarse él la multitud, se elevará su corazón, y derribará a muchos millares; mas no prevalecerá” (11:10-12).

Cuando Antíoco el grande, hijo menor de Seleuco Calínico, asumió el trono de Siria, comenzó una nueva guerra contra Plotomeo IV de Egipto. Luego de años de luchas, Antíoco reconquistó algunas ciudades en poder de Egipto, como Tiro y Tolomias. Después, emprendió una campaña contra territorios de Fenicia y Palestina. Pese a contar con un multitudinario ejercito, el rey del norte sufrió una dura derrota a manos de Plotomeo en la batalla de Rafia.

Cuando Ptolomeo murió y su heredero era apenas un niño, Antíoco vio el momento para volver a atacar, como estaba anunciado en el versículo 13: “Y el rey del norte volverá a poner en campaña una multitud mayor que la primera, y al cabo de algunos años vendrá apresuradamente con gran ejército y con muchas riqueza”. Los versículos 14 a 16 documentan la lucha que Antíoco el Grande sostuvo con Egipto por el control de Palestina. Presentan una nueva etapa del conflicto: En el año 202 a.C. Antíoco y Filipo IV de Macedonia formaron una alianza para derrotar Egipto y dividirse el territorio “En aquellos tiempos se levantarán muchos contra el rey del sur; y hombres turbulentos de tu pueblo se levantarán para cumplir la visión, pero ellos caerán” (11:14)



Finalmente, el norte derrotaría al sur. Su poder sería grande y no habrá quien se le pueda enfrentar. Esto fue cumplido cuando Antíoco invadió Egipto, obteniendo un control definitivo sobre los ejércitos de Ptolomeo y sobre la tierra gloriosa. Al parecer, muchos judíos que vivían allí en ese tiempo lucharon con Antíoco para derrotar al rey del sur. Ellos serían los “hombres turbulentos de tu pueblo se levantarán para cumplir la visión”. El verso 15 se refiere a la batalla en la que Antíoco invadió Gaza: “Vendrá, pues, el rey del norte, y levantará baluartes, y tomará la ciudad fuerte; y las fuerzas del sur no podrán sostenerse, ni sus tropas escogidas, porque no habrá fuerzas para resistir”. La frase “el que vendrá contra él” es una referencia a Antíoco, que invadió con éxito “la tierra gloriosa”.

Con el propósito de controlar Egipto, Antíoco el Grande dio a su hija Cleopatra como esposa a Ptolomeo (no era la famosa Cleopatra, la reina del Nilo, aunque fue su ascendiente): “Afirmará luego su rostro para venir con el poder de todo su reino; y hará con aquél convenios, y le dará una hija de mujeres para destruirle; pero no permanecerá, ni tendrá éxito” (11:17). Según cuenta la historia, el plan no tuvo éxito pues Cleopatra no se prestó al plan y se puso del lado de su marido.

Después de este fracaso, Antíoco, apoyado por Aníbal, el famoso general de Cartago, fue por las islas del Mar Egeo y otros territorios de Asia Menor y Grecia: “Volverá después su rostro a las costas, y tomará muchas; mas un príncipe hará cesar su afrenta, y aun hará volver sobre él su oprobio. Luego volverá su rostro a las fortalezas de su tierra; mas tropezará y caerá, y no será hallado” (11:18-19).

Pero aparecería “un príncipe que haría cesar su afrenta”. Al parecer se trata del general romano Lucio Cornelio Escipión, alias “el Africano”, que ya había derrotado a Aníbal en Zama (202 a.C.) y ahora le paró el carro a Antíoco en la batalla de Magnesia. Después de su derrota, tuvo que entregar territorios, su brigada de elefantes, la mayor parte de su flota naval y pagar una indemnización de quince mil talentos durante un periodo de varios años. Además, se comprometió a no volver a atacar a los aliados de Roma. Antíoco murió asesinado en 187 a.C. intentando saquear un templo babilonio para pagar su deuda.

El sucesor de Antíoco el Grande fue Seleuco IV Filopator, quien durante el breve periodo en que reinó fue famoso por su insaciable búsqueda de recaudar fondos a través de impuestos, para saldar la deuda con Roma, como estaba escrito: “Y se levantará en su lugar uno que hará pasar un cobrador de tributos por la gloria del reino; pero en pocos días será quebrantado, aunque no en ira, ni en batalla” 11:20. Su reino duró unos 15 años y se desconoce la causa de su muerte “no en ira, ni en batalla”, aunque muchos especulan que pudo ser asesinado por su hermano, Antíoco IV.

11.2 El hombre despreciable y sus atrocidades. 11:21-35

Cada uno de estas idas y venidas bélicas, afectaron grandemente a los habitantes de la Tierra Santa, pues allí se libraban los combates.



Pero estos versículos describen la peor opresión que sufrirían los judíos, a manos de quien sucedió a Seleuco IV, su hermano Antíoco Epífanes, que se convertiría en el “hombre despreciable” mencionado en 11:21, “el cuerno pequeño” del capítulo 8, Antíoco Epífanes fue el más temible perseguidor de los judíos y enemigo acérrimo de su fe. Procuró abolir el culto judío e implantar la religión y cultura griega.

Antíoco Epífanes comenzó a reinar a la edad de 40 años. Pero sería de una manera particular “no darán la honra del reino; pero vendrá sin aviso y tomará el reino con halagos”. Efectivamente, Antíoco llegó al trono envuelto en la sospecha de haber asesinado a su hermano mayor para tomar su lugar, dado que su heredero natural, el hijo de Seleuco III, era prisionero en Roma. Un detalle interesante es que Antíoco no utilizó el terror para obtener poder, sino los “halagos”, literalmente con “intrigas” o engaños. Esto ya revelaba una personalidad absolutamente perversa e inescrupulosa, por algo era “despreciable”.

El hombre despreciable sería belicoso. Con Antíoco volvieron las guerras. Logró formar un poderoso ejército delante del cual “las fuerzas enemigas serán barridas como con inundación de aguas; serán del todo destruidos, junto con el príncipe del pacto” (11:22). Como la palabra “pacto” se usa en el contexto para referirse al pueblo de Dios, es probable que la expresión “príncipe del pacto” identifique al representante legal de Israel en ese tiempo, que era el Sumo Sacerdote.

El hombre despreciable sería deshonesto. El 23 dice “Y después del pacto con él, engañará y subirá, y saldrá vencedor con poca gente”. No tiene relación con el pacto mencionado antes, sino que se refiere a una alianza o acuerdo en general. La NVI por ejemplo traduce “Engañará a los que pacten con él, y con un grupo reducido usurpará el trono”. Esto se refiere a una oferta de alianza que Antíoco intentó formar con el rey de Egipto. Esto fracasaría, y habría una gran batalla la cual no cambiaría el balance del poder.

El hombre despreciable sería traicionero. Además del engaño, una de sus estrategias favoritas era el ataque sorpresa: “Estando la provincia en paz y en abundancia, entrará y hará lo que no hicieron sus padres, ni los padres de sus padres; botín, despojos y riquezas repartirá a sus soldados, y contra las fortalezas formará sus designios; y esto por un tiempo” (11:24). El texto implica que estando en relativa calma y sin razón aparente, los soldados atacaron y saquearon a sus anchas. Eran actitudes que nunca se habían visto, ni sus antepasados habían usado. Pero este “Epímanes” (el loco) no tenía problema en hacer. El Mensajero, sin embargo, advierte que solo se le permitirá estos desmanes “por un tiempo”.

El hombre despreciable sería ambicioso. Tenía su mira puesta en conquistar Egipto: “Y despertará sus fuerzas y su ardor contra el rey del sur con gran ejército; y el rey del sur se empeñará en la guerra con grande y muy fuerte ejército; mas no prevalecerá, porque le harán traición” (11:25). De modo que en el año 168 a.C. Antíoco se preparó para invadir Egipto con un gran ejército.



El rey de Egipto, Plotomeo lo enfrentó con otro contingente igualmente poderoso, pero fue traicionado por sus propios hijos. Pese a esto, Antíoco no pudo prevalecer por la intervención de los ejércitos romanos que lucharon a favor de Egipto y finalmente le obligaron a regresar.

Los versículos 26-27 se refieren al acuerdo entre Antíoco y los sobrinos de Plotomeo IV: “Aun los que coman de sus manjares le quebrantarán; y su ejército será destruido, y caerán muchos muertos. El corazón de estos dos reyes será para hacer mal, y en una misma mesa hablarán mentira; mas no servirá de nada, porque el plazo aún no habrá llegado” (11:26-27).

Luego de su fracaso, Antíoco regresó a su tierra con “gran riqueza, y su corazón será contra el pacto santo; hará su voluntad, y volverá a su tierra”. Su proyecto era establecer una línea de defensa de su territorio en la costa Palestina, que a su vez sirviera de punto estratégico para lanzar nuevos ataques. A su paso por tierra santa, quizá resentido por su fracaso, ordenó una matanza indiscriminada de judíos.

El hombre despreciable sería vengativo. Los versículos 29 a 31 se refieren con más detalle a este período de persecución: “Al tiempo señalado volverá al sur; mas no será la postrera venida como la primera. Porque vendrán contra él naves de Quitim, y él se contristarán, y volverá, y se enojará contra el pacto santo, y hará según su voluntad; volverá, pues, y se entenderá con los que abandonen el santo pacto. Y se levantarán de su parte tropas que profanarán el santuario y la fortaleza, y quitarán el continuo sacrificio, y pondrán la abominación desoladora”.

Las naves de Quitim quizás sean las de la flota romana que ayudó a Egipto y forzó la retirada de Antíoco. Pero a su regreso, enojado por la derrota, se la agarró contra los judíos de Jerusalén y contra el templo de Dios. “El 16 de diciembre del año 167 a.C., el soberbio monarca erigió un altar al dios Zeus en el sitio donde estaba el altar del holocausto y ofreció un cerdo a dicha divinidad pagana” (Carballosa pág. 216). Este es el hecho que en Daniel 9:27 se llama “la abominación desoladora” y que como ya vimos Jesús citó en Mateo 24:15.

Jesús estaba profetizando que, en algún momento, otra abominación desoladora ocurriría en un templo judío en Jerusalén. Alguien como Antíoco Epífanes haría algo muy similar a lo que él hizo. La mayoría de los intérpretes de la profecía bíblica creen que Jesús estaba refiriéndose al anticristo, puesto que en aquel tiempo, Antíoco no firmó ningún pacto con Israel. Pero el anticristo establecerá un pacto con Israel por siete años, a la mitad lo romperá, dando comienzo a la peor persecución de la historia.

Aquel fue un tiempo en que se demostró el coraje y se reveló la traición entre el pueblo de Dios, porque algunos judíos piadosos se rebelaron contra el atropello de Antíoco, pero otros “abandonaron el santo pacto”. Dentro de estos judíos piadosos estaban los Macabeos, quienes conformaron un movimiento de liberación que luchó contra la imposición de la cultura y religión helenística impulsada por Antíoco IV Epífanes.



Después de que Antíoco emitiera decretos que prohibían la práctica de sus rituales religiosos, un sacerdote llamado Matatías mató a un judío helénico que pretendió ofrecer un sacrificio a un ídolo griego en su pueblo, iniciando de esta manera una revuelta contra el Imperio seléucida y logrando la independencia judía en Israel durante un siglo, desde el 164 al 63 a.C.

El levantamiento estuvo marcado por una serie de victorias judías que infundieron gran respeto entre las tropas sirias, debido a sus tácticas de Guerrilla. Antíoco confiaba en vencer fácilmente a los rebeldes, pero, al contrario, fue sufriendo sucesivas derrotas hasta que el 25 de diciembre del año 164 a.C., el ejército macabeo entró triunfante en Jerusalén. Hicieron una limpieza ritual del Templo restableciendo los sacrificios y nombrando a Jonatan Macabeo como Sumo Sacerdote. El ejército sirio que fue enviado para aplacar la revuelta regresó a Siria tras enterarse de la muerte de Antíoco IV. Su comandante asumió el compromiso político de otorgar libertad religiosa a Israel.

El intento de Antíoco de seducir a los judíos para que violaran el pacto fracasó, porque había una mayoría de judíos fieles que con valor resistieron al enemigo. Sin dudas a ellos se refiere el versículo 32: “el pueblo que conoce a su Dios se esforzará y actuará”. La respuesta al intento de colonización cultural estuvo basada en dos pilares: la enseñanza de la Palabra y el compromiso férreo para cumplirla aún a costa de la vida, como dice el verso 33: “los sabios del pueblo instruirán a muchos; y por algunos días caerán a espada y a fuego, en cautividad y despojo”.

La frase “serán ayudados de pequeño socorro” se refiere a que el tiempo de independencia conseguido por los macabeos sería breve, luego caerían bajo el dominio de los romanos. Pero mientras duraba “muchos se juntarán a ellos con lisonjas”. Los judíos apóstatas decían comulgar con los macabeos solo por temor a su severidad y para aprovecharse de la protección que brindaban, pero en realidad no tenían el mismo compromiso religioso que ellos. Por eso la profecía advertía la necesidad de ser “depurados y limpiados y emblanquecidos, hasta el tiempo determinado; porque aun para esto hay plazo”. La prueba sería dura, pero el tiempo de su duración está determinado por Dios. Toda prueba del Señor es para purificación. Toda prueba es “por un poco de tiempo”. Y ninguna será más de lo que sus hijos son capaces de resistir.

“Al estudiar las profecías tocantes a la persona de Antíoco IV Epífanés, a las que la Palabra de Dios dedica un total de quince versículos, no es difícil ver por qué este hombre es un prototipo del anticristo escatológico. Su odio hacia el pueblo judío, su desafío a la misma persona de Dios, sus engaños e iniquidades y su profanación del templo de Yahveh. Todo esto presagia lo que aún ha de ocurrir cuando el hijo de perdición aparezca en el escenario de la historia” (Carballosa, Pág. 218).

Muchos estudiosos creen que a éste personaje, el “anticristo escatológico”, se refieren los versículos que siguen. Por supuesto, hay más de una opinión al respecto.



Unos piensan que se sigue hablando de Antíoco. Otros sostienen que se refiere a Herodes el Grande o Augusto César. Sin embargo, ninguno de esos personajes históricos cumple cabalmente con lo descrito en el pasaje y por tanto, puede concluirse que se está introduciendo un nuevo personaje y que “el rey soberbio” es el Anticristo del tiempo del fin.

11.3 El rey soberbio y su final. 11:36-45

La frase “hasta el tiempo determinado; porque aun para esto hay plazo”. O como traduce LBLA “hasta el tiempo del fin; porque aún está por venir el tiempo señalado” es la primera pista que induce la idea de una discontinuidad temporal en el relato histórico. Algunos lo entienden como el tiempo que faltaba para el final de las luchas de los rebeldes macabeos y otros como el tiempo restante hasta el regreso de Cristo. Quizás lo más acertado sea asumir que, como otras profecías de Daniel, esta también tiene un doble cumplimiento, que abarca tanto la época de los macabeos como la del retorno de Jesucristo.

Lo mismo puede decirse de la segunda pista. Porque parece claro que lo dicho sobre este “rey soberbio” supera lo que se sabe de la persona histórica de Antíoco Epífanes. Por lo tanto, si bien podemos atribuir algunas de las acciones a Antíoco o a algún otro monarca del pasado, hay otras que deben entenderse como profecías vinculadas al Anticristo que se manifestará en el tiempo del fin.

El primer ejemplo está en el verso 36: “Y el rey hará su voluntad, y se ensoberbecerá, y se engrandecerá sobre todo dios; y contra el Dios de los dioses hablará maravillas, y prosperará, hasta que sea consumada la ira; porque lo determinado se cumplirá”. Se debe notar que a este rey se lo identifica con artículo determinado “el”, como indicando que el rey del tiempo del fin no es el mismo del que se venía hablando. Este rey blasfemaría contra de Dios e intentaría ocupar su lugar, por tanto, podemos pensar que la referencia apunta al anticristo, de quien Antíoco Epífanes es una especie de spoiler.

Reyes agrandados hubo muchos. Todos pretendieron “ensoberbecerse” y engrandecerse “por encima de todo dios”. Pero esto será especialmente verdad, y en grado superlativo, en la persona del anticristo. Pablo así lo enseña en 2 Tesalonicenses: Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios” (2 Tesalonicenses 2:3-4).

Otra característica que coincide con lo que la Biblia nos revela del anticristo es su verborragia: “contra el Dios de los dioses hablará maravillas”. El anticristo, o el cuerno pequeño de la cuarta bestia “Hablabla grandes cosas” (Daniel 7:8).



La bestia que sube del mar de Apocalipsis 13, otra vez el anticristo, también “hablaba grandes cosas y blasfemias”, “blasfemias contra Dios, para blasfemar de su nombre, de su tabernáculo, y de los que moran en el cielo” (13:5-6).

Finalmente, hay coincidencia es su destrucción: “prosperará, hasta que sea consumada la ira; porque lo determinado se cumplirá”. Lo mismo ocurre tanto en Daniel 7 como en Apocalipsis 13, donde el anticristo es derrotado por intervención divina.

El versículo 37 describe algunas cosas que caracterizarán la ambición del rey soberbio. Primero, “del Dios de sus padres no hará caso”. Esto no implica que sea de nacionalidad judía, porque el texto usa la palabra genérica para “Dios” y no “Jehová”. La LBLA traduce “no le importarán los dioses de sus antepasados”. Segundo: no hará caso tampoco “del amor de las mujeres”. Esta frase se ha entendido de diferentes formas: No le importa lo que las mujeres desean, o no le importan los dioses que las mujeres adoran. Esta última acepción parece más probable a juzgar por el tercer aspecto: “ni respetará a dios alguno”. En resumen: no le importa nada. Ninguna divinidad, ninguna autoridad “porque sobre todo se engrandecerá”. Difícilmente se pueda aplicar esto a los personajes históricos que comentamos.

El rey soberbio no honrará ninguna deidad conocida porque será la máxima expresión del humanismo. No necesita ningún ser superior que lo ayude. Solo “honrará en su lugar al dios de las fortalezas, dios que sus padres no conocieron; lo honrará con oro y plata, con piedras preciosas y con cosas de gran precio. Con un dios ajeno se hará de las fortalezas más inexpugnables, y colmará de honores a los que le reconozcan, y por precio repartirá la tierra” (11:38-39).

Este “dios de las fortalezas” puede ser una forma de decir que el rey soberbio no confiará en la religión o en divinidades como sus antepasados, sino solo en el poder de las armas para alcanzar sus objetivos. A este “dios” dedicará inmensos recursos económicos. Cabe mencionar que en países desarrollados el presupuesto militar ya es uno de los gastos más importantes. Es interesante la observación del autor John F. Walvoord: “Tomando el pasaje de Daniel 11:36-39 como un todo, es evidente que la revelación provee un análisis incisivo de la combinación de materialismo, militarismo y religión, todo lo cual será encarnado en el dictador final del mundo” (Carballosa, Pág. 224)

En resumen: los versículos 36-39 son la presentación del rey soberbio. Los versículos 40 a 45 se refieren a su final.



Comienza con la expresión “cuando llegue el momento final” o “en el tiempo del fin”. Por tanto, los eventos que se desceben tienen que ver con los enfrentamientos bélicos que ocurrirán “en los postreros tiempos” o los últimos días del anticristo, antes de la venida del Señor en gloria.

Para ver todo nuestro contenido visítenos en:

<https://www.llamadaweb.org/>

Le recomendamos conocer nuestra literatura disponible:

<https://www.llamadaweb.org/tienda/>

¡Síguenos en nuestras redes sociales!

